

V Domingo Cuaresma

Jeremías 31,31-34; Hebreos 5,1-9; Jn 12,20-33.

*« El que quiera servirme, que me siga,
y donde esté yo, allí también estará mi servidor »*

25 Marzo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Morir significa dejar de lado nuestros deseos, renunciar a nuestros caprichos y morir, sí, morir para dar vida »

Hay ocasiones en que la vida nos exige y nosotros tratamos de resistir sorteando obstáculos. En esos momentos nos volvemos reactivos casi sin darnos cuenta. Reaccionamos ante las demandas de las personas, ante las demandas del tiempo que no se detiene, ante esa lista interminable de cosas por hacer. Nos cuesta tomar decisiones y el tiempo acaba decidiendo por nosotros. No actuamos de forma proactiva, sólo reaccionamos, a veces apagando incendios. Y lo malo de todo es que las decisiones no las tomamos nosotros. No decidimos si hacemos tal o cual cosa, simplemente nos vemos envueltos en una dinámica que nos lleva a hacer aquello que, tal vez, no deseábamos. Y nos vemos incapaces de decir que no a las exigencias externas. Lo malo de esta situación es que no somos dueños de nuestra vida. Seguimos la senda que otros nos marcan y nos dejamos llevar por circunstancias que parecen inmodificables. No sabemos decir que no, porque nos parece que todo lo que es bueno es querido por Dios. Y lo peor es que el cansancio y las exigencias van logrando sacar lo peor de nosotros. La ira brota como consecuencia del agotamiento, por no saber cortar a tiempo. Reaccionamos de forma desproporcionada ante las circunstancias adversas. No estamos contentos con la vida que llevamos, porque es como si no la hubiéramos elegido nosotros. Y, por supuesto, tampoco nos damos el tiempo para pensar si, tal como vivimos, es el camino que Dios quiere para nosotros. Lo cierto es que, si no aprendemos a tomar las decisiones de la mano de Dios, preguntándole qué es lo que Él quiere, viviremos de forma superficial y no lograremos seguir los pasos de Cristo. **Es fundamental que descubramos si nuestro camino es el camino de Dios, para que así la vida no se nos escape inútilmente.**

Al pensar en el ritmo que llevamos habitualmente, al pensar en nuestras prisas y en la falta de paz que a veces sufrimos, me venían a la cabeza las imágenes del pozo y del agua. Todos tenemos sed y buscamos un pozo en el que saciar la sed insaciable. No hay nada más terrible que la sed. La sed logra quitarnos la paz e inquietar el corazón. Nos vuelve egoístas. Porque, cuando carecemos de algo, ya sea salud, dinero, comida, amor, seguridad, el corazón se puede volver egoísta, encerrado en su soledad. Todo porque tiene sed y nada lo calma. La enfermedad puede llevarnos así a apartarnos del mundo; surge la tentación, el deseo de desaparecer: *«Cuando empezó todo esto me pregunté a mí mismo: ¿Voy a retirarme del mundo como hace la mayoría de la gente o voy a vivir? Decidí que iba a vivir o que al menos iba a intentar vivir tal como quiero, con dignidad, con valor, con humor y con compostura»*¹. Pero, ante esta tentación de aislamiento, que surge como consecuencia de nuestra necesidad, la actitud contraria a la huida es un don que tenemos que pedir. Porque corremos el riesgo de encerrarnos egoístamente en nuestro dolor sin salir al encuentro de los otros. Si pensamos sólo en lo que no tenemos, en lo que nos falta, en esa

¹ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 36

sed de infinito que padece el alma, nos acabamos bloqueando y dejamos de mirar fuera de nosotros. Entonces ya nada nos importa, sólo nuestra sed. Sin embargo, el camino para calmar la sed sólo comienza cuando logramos salir de nosotros mismos y de nuestra angustia y ansiedad, y buscamos la fuente. **Cuando nuestro corazón se abre al sufrimiento del prójimo y empezamos así a vencer nuestro miedo.**

La samaritana tenía sed y, al entrar en diálogo con Cristo para calmar su sed, acaba calmando su propia sed. El pueblo, liberado de la esclavitud de Egipto, también padecía la sed en el desierto y clamaba a Dios: «*¿Para qué nos trajiste a este desierto, a morir con nuestro ganado? ¿Para qué nos sacaste de Egipto y nos metiste en este horrible lugar?*» Números 20, 4. El pueblo se rebela entonces contra el mal, contra la sed que implica un profundo sufrimiento. Nosotros también nos rebelamos contra Dios porque la sed del alma es profunda. Vivimos con tantas prisas que se nos olvida ir al pozo a buscar agua. La samaritana, sin embargo, salía de su soledad y volvía cada día al mismo pozo a calmar su sed. Llegaba con su cubo a sacar agua. Pero la sed más profunda que padecía era la sed del alma, de su alma rota. La samaritana era una mujer herida en el corazón, una mujer que no sabía cuál era el don de Dios, porque no conocía su gratuidad, ni sabía de un amor incondicional: «*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva*» Juan 4, 1-42. La samaritana no conocía realmente a Dios. Tenía sed y buscaba saciar su sed con un simple cubo. Buscaba amores que calmaran su herida. Quizás igual que nosotros, que, con nuestro cubo roto, intentamos calmar la sed que sufre el alma. Pero no lo logramos. La sed continúa y nosotros pretendemos llenarnos de todo lo que nos promete calmar la sed. Y entregamos nuestro cubo a otros, para que calmen su sed. Pero todo sigue igual. El pozo sigue vacío, el cubo roto, el agua no sacia. Y la sed, la sed más profunda, continúa. Pero Jesús no se cansa de pedirnos lo imposible: «*Jesús le dijo: Dame de beber*». Jesús sólo nos pide lo que tenemos. Ve nuestro cubo roto y el agua que tenemos. Nos pide calmar su sed, cuando es nuestra sed la que más nos duele. Nos pide salir de nosotros mismos, de nuestro egoísmo y soledad. Nos pide nuestra agua pobre y nuestro cubo roto. Y nosotros sólo damos lo que tenemos, o casi mejor, lo que no tenemos. Y pensamos que contentamos a Dios y le causamos alegría. Sin embargo, lo que de verdad le alegra a Dios es nuestra impotencia, nuestra sed, nuestro cubo roto que despierta su misericordia. El barro de nuestra vasija. Las rendijas de nuestro cubo que derrama el agua sin darse cuenta. Creemos que hacemos todo nosotros y nos olvidamos del agua que es un don. Su misericordia es un don. El amor se nos regala. **Pero no estamos acostumbrados a recibir sin dar nada a cambio.**

La alegría verdadera surge en el corazón cuando somos capaces de vencer el egoísmo y entregarnos por entero. Entregamos el agua y el cubo. Somos felices cuando no guardamos nada, cuando lo damos todo sin reservas, sin esperar nada a cambio. Comenta Benedicto XVI: «*Cuando nos alimentamos con fe de su Cuerpo y de su Sangre, su amor pasa a nosotros y nos hace capaces de dar la vida por los hermanos. De aquí brota la alegría cristiana, la alegría del amor*». Porque no hay nada más doloroso que ver cómo perdemos la vida sin entregar nuestro amor, sorteando, simplemente, obstáculos. La eucaristía es expresión del amor sin límites de Cristo hacia nosotros. Cristo se da por entero. Ese amor tan grande es el que nos bendice. Hoy Jesús lo deja claro: «*Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto*». Y entendemos que morir significa dejar de lado nuestros deseos, renunciar a nuestros caprichos y morir, sí, morir para dar vida. No obstante, no queremos morir. Nadie quiere morir. El espíritu de supervivencia busca la vida y no acepta el final. El hombre no acepta sus límites y por eso muchas veces enferma. Decía el P. Kentenich: «*La mayoría de las enfermedades psíquicas provienen de que el hombre moderno no asume sus propias fronteras, su sentimiento de culpa. Los reprime. El hombre de hoy no puede sobrellevar ser simplemente una criatura y no ser Dios. El hombre no puede soportar ser un ser sexuado que necesita del otro sexo para ser complementado.*»

No puede reconocer sus propias fronteras y limitaciones. El hombre no puede soportar el no valerse por sí mismo, el tener que depender de otros»². Cuando no somos capaces de aceptar nuestros límites, nuestra debilidad, nuestro pecado, corremos el peligro de acabar enfermos. Queremos ser como dioses, saciar nosotros nuestra propia sed con nuestro cubo roto, queremos ser todopoderosos y eternos. Nos resistimos a aceptar que la limitación es parte de nuestro camino. Querríamos vivir sin límites. Hoy queremos reconocer la pequeñez y fragilidad del cubo con el que buscamos agua. **Nuestra indigencia nos hace capaces de la gracia. Nos abre al don del amor de Dios.**

En el Evangelio de hoy los gentiles querían ver a Jesús: *«En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos gentiles; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: -Señor, quisiéramos ver a Jesús».* Es una petición sencilla. Un deseo expresado por tantos otros que habían sabido de su fama. Muchos lo buscaban para presenciar sus milagros, recibir el pan que se multiplicaba o escuchar sus palabras llenas de vida. Querían ver al hombre que transmitía con su vida y palabras un motivo para seguir esperando. Su petición llega hasta Él: *«Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús».* Y, entonces, Jesús les habla del grano de trigo, de la muerte y de la cruz: *«Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».* Les habla de cosas que no quieren oír, de los límites y de la muerte, mientras que ellos buscan un mensaje de vida y esperanza. Jesús ve de cerca la muerte y sólo puede hablar en el estado de ánimo en el que se encuentra. Su muerte en cruz ya está cerca y el corazón se agita sobrecogido. Tal como lo refleja la segunda lectura: *«Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. El, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna» Hebreos 5,1-9.* Jesús ve la hora de su muerte y sufre como hombre. Sufre la angustia del dolor que se acerca. Pero no se esconde, no huye, guarda silencio y obedece. Acoge la cruz con el corazón lleno de dolor y angustia, pero con la paz de saber que su vida descansa en el corazón de Dios: *«Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? -Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: -Lo he glorificado y volveré a glorificarlo. La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: -Ésta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir» Juan 12,20-33.* Sin embargo, los gentiles no querían ver a Cristo crucificado, elevado, indefenso; ellos querían ver sus milagros y escuchar sus palabras; no querían que les hablara de la muerte, del sufrimiento o de la angustia. No amaban la cruz ni el dolor. Querían conocer al hombre que tenía sabiduría y realizaba grandes obras. **Buscaban al hombre admirado y requerido, al hombre con poder que resucitaba a los muertos.**

No querían a un Jesús impotente y muerto en un madero. Por eso las palabras de Jesús son desconcertantes. El grano de trigo tenía que morir, todos lo sabían, sólo así daba fruto. ¿Pero por qué esa imagen aplicada a nuestra vida? ¿Por qué es necesario morir para dar fruto? El corazón se rebela ante el hecho de dar la vida y perderla. La agonía y el miedo ante la propia muerte son muy fuertes. Los gentiles sólo querían ver a Jesús vivo. Más tarde, Pilato va a mostrar a Cristo ensangrentado a los que querían su vida. El pueblo quería verlo, pero ya no lo seguía. Pilato pretenderá que lo liberen, porque no ve en él ninguna culpa para merecer la muerte. Pero a ese hombre ya no quieren verlo con vida. Ya no tiene poder y piden que lo crucifiquen, porque no puede salvar a ningún

² J. Kentenich, "Familia sirviendo la vida"

hombre. Pilato se lavará las manos. No condena a Jesús. No lo libera. No es fácil liberar a un hombre que ya no es querido, que no cura ni hace milagros. Ni siquiera es capaz de salvarse a sí mismo. Cuando caemos del pedestal al que nos suben los hombres nos sentimos vacíos y desnudos, como Cristo camino al calvario. Ya no somos admirados. Ya no nos buscan. En la vida podemos buscar con ahínco que nos sigan. Podemos anhelar el éxito que nos dé prestigio, la fama que nos haga más valiosos. Deseamos que quieran vernos y pregunten por nosotros, como esos gentiles que querían ver a Jesús, porque habían escuchado hablar de su fama. La fama es caduca, pasa y se olvida. La fama no sacia la sed ni consuela al corazón inquieto que busca el infinito. **La fama no da la vida.**

Nuestra gran tentación es amarnos de forma enfermiza: *«El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna».* Estamos hechos para amar a Dios y a los hombres con toda el alma, pero amamos mal. Nuestra vida aspira a ser una vida plena. Queremos amar sin poner límites, con toda el alma. Louis, el padre de Santa Teresita del Niño Jesús, le decía a sus hijas: *«Sí, tengo una meta, y mi meta es amar a Dios con todo mi corazón»*³. Queremos vivir amando a Dios en el presente con alegría y esperanza. Nuestra vida merece la pena cuando la entregamos, cuando amamos con pasión. Pero sabiendo que nuestro mundo, ese mundo que tanto amamos, es el lugar en el que tocamos a Dios. Sin embargo, muchos hombres viven hoy amando de forma desordenada su realidad. Como leía hace poco: *«Depositamos nuestros valores en cosas equivocadas. Y eso nos conduce a vivir unas vidas muy desilusionadas. ¿Sabes cómo se lava el cerebro a la gente? Repitiendo algo una y otra vez. Poseer cosas es bueno, más dinero es bueno. Más bienes es bueno. Más es bueno. Lo repetimos y nos lo repiten hasta que nadie se molesta en pensar lo contrario»*⁴. Acabamos pensando como el mundo piensa y viendo como bueno aquello que no calma nuestra sed. Queremos poseer más para calmar la sed, ser más para no depender de nadie. Y nos olvidamos de unas palabras sencillas de J. M^a Pemán: *«Todo el arte de vivir con paz y resignación está en saber alegrarse con cada rayo de sol».* Queremos ver la paz de Dios presente en todo aquello que amamos. Porque nuestra vida verdadera es la vida eterna y sabemos que la muerte es sólo la puerta que nos lleva al encuentro de la vida plena. Porque vemos que si sólo buscamos saciar nuestra sed con un agua finita nos quedaremos vacíos y secos, sin encontrar a Dios. Queremos disfrutar la vida que se nos **regala como un don y sembrar con nuestro amor semillas de eternidad.**

Entonces queda claro el camino, sólo el servicio generoso y radical a los hombres tiene un sentido. Decía Jesús: *«El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará».* En definitiva, queremos estar junto al Señor, queremos descansar en su presencia, servir con Él. En el corazón de Dios, en el corazón de María, está el agua que sacia nuestra sed. Así lo describe el P. Kentenich: *«El Señor nos ha regalado el corazón de María como hogar. Aunque nuestro hogar externo sea pobre, yo vivo en un palacio. El corazón de María es un hogar seguro, una tierra protegida, porque Dios mismo lo construyó así para nosotros»*⁵. Aunque sigamos con sed, sólo el corazón de María y el corazón de Cristo, nos calman y nos permiten descansar. Sólo allí echamos raíces. Allí bebemos un agua nueva. Sólo cuando permanecemos anclados en lo profundo del corazón de Dios podemos servir con generosidad. Donde está un servidor de Cristo y de María allí están ellos. Mientras seamos capaces de servir con alegría, Dios nunca se alejará de nosotros. No servimos esperando el reconocimiento, el agradecimiento o los frutos. No servimos para que luego nos traten de la misma manera. Nos entregamos sin esperar nada a cambio. Ya lo recibimos todos por el hecho de vivir junto al Señor. Esa presencia es la que calma nuestra sed. **Ese amor suyo sana nuestras heridas.**

³ Hélène Mongin, “Santos de lo ordinario”, 55

⁴ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 144

⁵ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 49

Dios ha sellado una alianza con el hombre. Ha inscrito su nombre en nuestro corazón para siempre. Así lo dice el profeta: *«Mirad que llegan días en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la que hice con vuestros padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza. Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande, cuando perdone sus crímenes, y no recuerde sus pecados».* Jeremías 31,31-34. Cuando sella su alianza con nosotros viene a vivir en nuestro corazón, para que podamos reconocer su amor desde que nacemos. La alianza con Dios nos regala una nueva forma de vivir y va transformando nuestro corazón frágil y herido. El salmo expresa esa realidad: *« ¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro. Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava mi delito, limpia mi pecado. Renuévame con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Los sacrificios no te satisfacen; si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias».* En la humildad de nuestro corazón sediento y herido, volvemos al Señor nuestra mirada. **Queremos descansar para recuperar la vida.**

Pedimos con humildad perdón y suplicamos un corazón renovado. Y así aprendemos a vivir en el corazón de Dios que nos perdona y abraza. Decía Santa Teresa de Jesús: *«Nunca supe exactamente lo que significaba orar, hasta que Dios mismo me enseñó a recogerme en mi interior, y de ese recogimiento he obtenido el mayor provecho».* Orar significa entonces aprender a descansar en Dios, en su pozo, en la fuente de vida que brota de su alianza con nosotros. Pero muchas veces nos encontramos lejos de Dios y nos pasa lo que le decía una persona al Señor con estas palabras: *« ¡Qué difícil resulta cuando me olvido de Ti, cuando no te busco! ¡Qué difícil cuando sobran mi desorden, mi pereza, mi soberbia y tantas caídas! Me falta fe, oración, caridad. Perdóname Señor, te pido la paciencia que a mí me falta, prometo luchar siempre por Ti. Quiero aprender de tu amor, de tu misericordia, humildad y mansedumbre. Sólo quiero aspirar a conseguir un corazón enorme, rebosante de amor, de alegría y de perdón como el Tuyo. Y deseo perdonarme y llegar al final de ese camino que me abres cada día».* El pecado nos aleja de Dios. Evitamos su presencia buscándonos de forma egoísta. Sabemos que el pecado es la falta de amor, de humildad y entrega. Son los peores los pecados de omisión que incluso omitimos al confesar. No somos conscientes del mal que siembran en el alma. Pecamos cuando no amamos. Sólo el perdón nos permite volver. **El pecado nos debilita y hace que perdamos la ilusión que nos mueve a luchar. El perdón nos da la vida.**

Esta semana hemos celebrado a S. José, aquel que dio la vida, que dejó que la semilla muriese bajo tierra. En esa celebración la Iglesia ha rezado por todos los que son padres de familia y ha pedido también por las vocaciones sacerdotales, por los padres espirituales de muchos hombres. San José es llamado el *«Santo del silencio»*. No conocemos palabras expresadas por él, tan solo conocemos sus obras, su silencio, sus actos de fe, amor y de protección como padre responsable del María y de Jesús. S. José se nos presenta entonces como un modelo de paternidad que da su vida por amor. Es el modelo que nos despierta el deseo de acompañar y cuidar a todos los que Dios nos ha confiado. Decía el P. Kentenich, refiriéndose a la misión de S. José: *« ¿Cuál era la tarea de san José? Cuidar del Niño y de su Madre. Ésa es la tarea que tuvo y que aún sigue teniendo: « ¡José, levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino!» La tarea de cuidar que el Niño nunca se separe de su Madre»*⁶. Es la misión que sigue ejerciendo desde el cielo. Sigue cuidando a María, sigue cuidando a su Hijo y nos sigue cuidando a nosotros para que no nos separemos de María ni de Cristo. Se convierte en nuestro Padre en el cielo y nos quiere enseñar a ser padres. Quiere que nuestra misión sea la misma, que todos nuestros

⁶ J. Kentenich, 19 marzo 1952, extractos

hijos descansen en Cristo y en María. Por eso lo contemplamos y le suplicamos que nos regale su paternidad. Quisiera detenerme en dos rasgos de su entrega paternal: **su intimidad con Dios y su sencillez y pureza como Padre.**

S. José se nos presenta como el hombre del silencio que busca respuestas en Dios. Él tuvo que recorrer un camino hasta que descubrió su misión. Supo descifrar los planes de Dios en sueños por boca de un ángel. Y entendió dónde residía su fidelidad. Junto a María aprendió a amar a Dios. En el corazón de María, Madre y Esposa, se hizo fiel instrumento de Dios. Explicaba el P. Kentenich cómo el corazón inmaculado de María nos enseña a descifrar los signos de Dios: *«En este hogar hemos de aprender a entregarnos, con delicadeza, a los planes y deseos de Dios. Aprender a esmerarnos para hacernos siempre la pregunta. Señor, ¿qué quieres que haga?»*⁷. Así lo hizo S. José, quien se fió y se mantuvo fiel, custodiando a María y al Niño. En María, y con Ella, aprendió a rezar, a buscar a Dios, se hizo dócil instrumento. Es lo primero que quiere regalarnos para aprender a vivir en el Señor. Quiere que aprendamos a hacer silencio y así poder escuchar a Dios. Sobran las palabras, es necesario el silencio. Hace falta que nuestros actos reflejen nuestra fidelidad. **Necesitamos ser hombres de oración, hombres anclados en el mundo sobrenatural.**

Por otra parte, S. José es modelo de sencillez, es el santo por excelencia que cuida, como Padre, nuestro camino. Decía de él San Gregorio de Nizancio: *«El Señor ha reunido en José, como en un sol; todo lo que los santos juntos tienen de luz y de esplendor»*. Su paternidad se nos muestra como un camino de vida. Su sencillez y humildad se hacen patentes en su persona. Es el Padre en la sombra que cuida de María y de Jesús. En este mundo en el que falta la figura del padre, S. José se nos presenta como camino. Ya lo decía el P. Kentenich: *«Lo que más necesita nuestro tiempo es una corriente de filialidad hacia el padre. La tarea de la madre en la familia natural consiste en mostrar al padre, en llamar la atención sobre él. Por sí mismo, el niño no sabe quién es su padre, ya que no tiene una relación tan instintiva con él como la que tiene con la madre. Sin la madre no tendríamos seguridad de quién es nuestro padre. La tarea de toda auténtica madre consiste en poner al padre en primer plano. Eso mismo es lo que hace María»*⁸. S. José se convierte en modelo de paternidad. Lo miramos y queremos aprender a ser padres para tantos hombres que buscan hoy un padre. Vivimos en una época de huérfanos con padres vivos. El otro día leía: *«¿Has tenido alguna vez un maestro? ¿Un maestro que te viera como algo en bruto pero precioso, como una joya que, con sabiduría, podía pulirse para darle un brillo imponente?»*⁹. Esa es la labor de un padre. Sabe ver la piedra preciosa en nuestro corazón y trabajarla para que brille, para que se convierta en algo muy valioso. En S. José vemos reflejados los rasgos de la paternidad de Dios. Santa Teresita de Lisieux miraba rezar a su padre ante el Santísimo y al verlo, veía en él a Dios. Queremos aprender a ser padres humildes, respetuosos, sencillos, alegres. Padres capaces de reflejar con nuestras obras la misericordia de Dios y conducir a nuestros hijos al corazón del Padre. En la película *«Cómo entrenar a tu dragón»*, el padre del niño protagonista no estaba orgulloso de su hijo. Quería que fuera fuerte y valiente como todos los vikingos. Vivía amargado a causa del hijo que había recibido. Su hijo era distinto, tenía una sensibilidad especial y veías las cosas de forma diferente. Muchas veces los padres queremos que nuestros hijos se nos parezcan, queremos que hagan realidad nuestros sueños frustrados y realicen hazañas para estar orgullosos de ellos. El padre de la película no estaba orgulloso de su hijo. Y sólo lo está cuando lo acepta tal y como es y entiende que sólo si respeta su originalidad su hijo va a ser feliz. Nuestra felicidad como padres consiste en lograr que brille el don escondido en el corazón de nuestros hijos. **Respetar y cuidar ese don escondido es nuestra única tarea.**

⁷ J. Kentenich, "Mi Santuario corazón", 50

⁸ J. Kentenich, 19 marzo 1952, extractos

⁹ Mitch Albom, "Martes con mi viejo profesor", 215